

Estas fábulas y patrañas mandó el papa Benedicto (*) sacar del dicho libro á un médico suyo, grande letrado en la ley, que se habia convertido á nuestra fe. Lo cual hizo él fielmente, declarando el libro, y el capítulo, y las primeras palabras del capítulo en su misma lengua hebrea, para que nadie pudiese dudar de lo que decia. El libro de estas falsedades hizo imprimir Don Gaspar, de religiosa memoria, arzobispo de Goa en la India Oriental. Parte de estas fábulas y mentiras escribimos en nuestra Introduccion del Símbolo, en la cuarta parte en el capítulo xxii. Donde hallará el prudente lector extraños disparates y locuras que contiene aquella secta: y no acabará de espantarse de entendimientos que dan oídos á cosas tan monstruosas.

Estas mismas locuras que este autor recopiló, refiere tambien Sixto Senense en la Biblioteca Sancta, en el libro 2, fol. 199, el cual añade á estas otras no ménos monstruosas. Y aunque ellas sean tales que parece cosa increíble estar tales cosas escritas y mandadas creer so pena de muerte; pero quien considerare á qué extremo de ceguedad llega una ánima desamparada de Dios, esto y mucho mas creará de la ceguedad y malicia humana. Si no, vea qué milagros no vió Faraon en Egipto (a), y los pontífices y fariseos que condenaron al Salvador (b), pues les constó de la resurreccion de Lázaro y de la del mismo Señor, y con todo esto perseveraron en su ceguedad y malicia.

Ni tampoco pueden decir que estas cosas no están escritas en aquel libro; pues sabemos que todas las sinagogas de Italia están llenas destes libros: tanto, que (como dice este autor) en sola la ciudad de Cremona se quemaron doce mil libros destes, por mandado del sacro senado de la Inquisicion de Roma. Y con todo esto ellos untan bien las manos de los impresores, y hacen imprimir secretamente los tales libros.

Y cuán grande argumento sea este para desengañar á los que desean ser desengañados, y llegar al conocimiento desta tan importante verdad, parece claro por esta razon. Porque para convencerse un entendimiento por el testimonio de las sanctas Escrituras, es necesaria fe, que es sobre toda razon; mas para juzgar cuán grandes sean los disparates del Talmud, basta la lumbrera natural de la razon que tiene cualquier hombre, por infiel y bárbaro que sea.

Mas con todo esto yo no me atreveré aquí á escribir estas falsedades: lo uno por ser muchas destas tales que no podrán dejar de dar grandes motivos de risa á quien quiera que las leyere (y yo no quiero dar en este libro motivos para reir, sino para llorar y edificar las ánimas); y lo otro, por ser muchas destas torpísimas y deshonestísimas; y por esto no quise ofender con ellas á las orejas castas y limpias, puesto caso que solas ellas bastaran para ver claramente la ceguedad y engaño de los que tales cosas creen. Porque así como fué gran parte para desterrar la idolatría de los gentiles, declarar la vanidad de sus dioses, sus casamientos, sus adulterios, sus incestos, sus celos, sus pasiones y sus disensiones, que son cosas tan ajenas de la naturaleza divina: así estas patrañas y mentiras tan feas fueran mucha parte para convencer la falsedad deste engaño.

Mas con todo eso ruego á toda persona que desea ser desengañada, y confirmada en la verdad de la fe, que

(*) Alías Petrus à Luna Antipapa. (a) Exod. 7. etc.

(b) Joann. 9. Idem 11. Matth. 23.

lea á Sixto Senense en el lugar susodicho; el cual punto por punto alega los libros y capítulos donde cada cosa destas está escrita. De donde resultará que los fieles que originalmente descenden desta nacion, no podrán dejar de dar infinitas gracias á nuestro Señor por haberlos librado de tan monstruosos errores y falsedades. Desta manera Sant Augustin acordándose de los errores y herejías en que habia vivido (de que la misericordia de Dios lo habia librado) le da gracias con aquellas palabras del salmo (c): Rompiste, Señor, mis ataduras; á tí sacrificaré sacrificio de alabanza, é invocaré tu sancto nombre. Pues desta manera darán gracias los que por esa misma misericordia se ven libres de tantas ceguedades y engaños en que pudieran perseverar, como otros muchos han perseverado. Cuando los hijos de Israel (d), pasado el mar Bermejo, vieron ahogados los egipcios, comenzaron á cantar alabanzas á nuestro Señor por verse libres de tan crueles enemigos. De modo que los que ántes les eran materia de grande temor cuando estaban vivos, despues lo fuéron de alegría y alabanza cuando los vieron muertos. Pues desta manera cantarán alabanzas al Señor los que mediante la lumbrera de la fe vieren tales monstruos muertos en su corazón, viéndose por ella libres de errores tan monstruosos y pestilenciales como en el libro susodicho leerán.

CAPITULO IV.

Respóndese á algunas objeciones acerca de lo dicho.

Despues de haber declarado cómo todas las señales que los profetas nos dieron para conocer al Mesías, concurren en la persona de nuestro Salvador, quedábanos para conclusion desta materia responder á los puntos principales en que tropieza la parte del pueblo que no le ha querido recibir. Esto hicimos en la Introduccion del Símbolo en once diálogos; en los cuales pretendiamos instruir un catecúmeno recién convertido á nuestra fe, explicándole llanamente los artículos principales della; adonde remitimos al que esto quisiere saber. Mas en este summario darémos una respuesta general á todos estos puntos; y esta será declarar cómo nuestro Señor Dios mandó en el capítulo xviii del Deuteronomio que obedeciésemos y diésemos entera fe á todo lo que nos enseñase el Mesías cuando viniese, so pena de ser él vengador de quien así no lo hiciese. Esto dijo él á Moisen por estas palabras (a): Yo levantaré un profeta de en medio de tus hermanos, semejante á tí, y pondré mis palabras en su boca, y decídesle ha todas las cosas que yo le mandare decir; y yo seré vengador del que no quisiere oír las palabras que él en mi nombre hablare. Por este profeta tan señalado, de que nuestro Señor aquí habla, entienden todos al Mesías. Y á este nos manda Dios obedecer, y creer todo lo que él nos enseñare. El pues nos enseñó todos los artículos y misterios de la fe, que profesamos, los cuales estamos obligados á creer; pues así nos lo manda Dios; y en lo que él manda, no ha lugar de dubda ni de disputa. Esto debe bastar por agora al verdadero y humilde cristiano que se rige por fe y palabra de Dios.

(c) Psalm. 115. Lib. 9. Confess. cap. 1. (d) Exod. 14. 15.

(a) Deut. 18.

§. I.

Respóndese á los que se ofenden de la pobreza y humildad del Salvador.

Con todo esto me pareció responder aquí á algunos principales puntos en que tropiezan los que no han recibido este Señor. Entre los cuales uno es, ofenderse ellos de la pobreza y humildad en que vivió. Porque esperaban ellos un rey Mesías temporal, mas rico que Salomon, y mas poderoso y guerrero que Alejandro Magno ó Julio César. A esto suficientísimamente se responde con la profecía de Zacarías (b), el cual manifestamente dice que este Señor habia de ser pobre, y como tal habia de entrar en Hierusalem, no en carros triunfales ni caballos, sino en una pobre asnila con su pollino. Y lo mismo profetizó Esaías en el capítulo lxi, que todo trata de la sagrada Pasión, donde dice que vió al Señor desfigurado, y que por esto no fué reputado ni conocido por quien él era, como lo vemos cumplido en los que todavía perseveran en su incredulidad.

Esto solo debe bastar para el desengaño de los que otra cosa esperan. Mas la conveniencia y razon desta humildad y pobreza declaramos en la parte precedente, capítulo xv, §. único, donde remitimos al prudente lector deseoso de saber la verdad.

Mas á lo sobredicho añadiré aquí que las riquezas no son verdaderos bienes (pues no hacen buenos á sus dueños), sino cosas indiferentes para bien y para mal. Mas porque nuestra naturaleza (generalmente hablando) está mas inclinada al mal que al bien, por la corrupcion del commun pecado; de aquí es que los hombres usan mas dellas para el mal que para el bien; mayormente si caen en manos de hombres vanos ó mal inclinados, porque esto es como dar armas á un furioso, ó dineros á un tahur. Y así vemos que los tales communmente son activos, y presumptuosos, y menospreciadores de los otros, regalados, confiados en sí mismos y olvidados de Dios; porque no tienen necesidades que los obliguen á acordarse dél, como las tienen los miserables. Finalmente, son tantos los impedimentos para que nos dan materia las riquezas, que vino á decir el Salvador (c), que mas fácil cosa era entrar un camello por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de los cielos. Bien veo que este es encarescimiento; mas por él quiso aquel Maestro que vino del cielo declararnos la grandeza deste peligro. Y con esto contesta el Eclesiástico, diciendo (d): Bienaventurado el rico que fué hallado sin mácula de pecado, que ni se fué en pos del oro, ni puso su confianza en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y alabarle hemos, porque hizo maravillas en su vida? En las cuales palabras claramente da á entender cuán gran maravilla sea hallarse un rico sin mácula de pecado. Y en decir, quién es éste, y alabarle hemos, declara cuán pocos sean los que desta mácula carecen.

Para confirmacion de lo dicho basta ver que muchas nobilísimas repúblicas vinieron á perderse cuando la prosperidad y abundancia de riquezas entró en ellas. Porque ¿qué otra cosa destruyó la república de los lacemonios, y tambien de los romanos? Si no, preguntemos á Juvenal (e) cual fué la causa de tantas monstruosidades de los vicios de Roma, sino (como él

(b) Zachar. 9. (c) Marc. 10. (d) Eceles. 31. (e) Juvenal Satyr. 6. apud August. Epi. 5. ad Marcellin. tom. 2.

expresamente dice) haberse perdido la pobreza antigua en que vivian, cuando entre ellos florescian las artes de la guerra y de la paz. Y no ménos claro dice Tito Livio que la prosperidad y abundancia de riquezas puso á Roma en el extremo de todos los males; el cual era tal, que ya no podian sufrir sus vicios, ni tampoco los remedios dellos.

Siendo pues esto así, ¿cuán gran desatino es esperar un Mesías que nos venga á henchir de bienes que de tantos males han sido causa? Está tan léjos esto de la verdad, que la primera cosa que hacian los fieles que habian creído en Hierusalem (f), donde mas que en otra parte floreció la religion cristiana, era desposeerse de sus haciendas, y despues de vendidas poner el precio dellas á los piés de los apóstoles, para que ellos las dispensasen como les pareciese. Y de los fieles de la misma nacion que moraban par de Alejandría, escribe Filon (g), nobilísimo autor entre los judíos, que la primera cosa en que se fundaban, era renunciar todas sus haciendas, por tener los corazones libres para la divina contemplacion; con la cual eran muchos dellos de tal manera recreados, que á veces se les pasaban seis dias sin tomar mas recepcion corporal que este pasto espiritual. Pues segun esto, ¿cuán léjos estarian los tales de esperar Mesías temporal que los enriqueciese, pues el fundamento de su vida era el menosprecio destas riquezas?

§. II.

Diferencia de los bienes desta vida, y cuáles sean los verdaderos que nos trajo el Salvador.

Y para mas clara inteligencia de lo dicho apuntaré aquí tres diferencias de bienes que los filósofos señalan: unos que llaman externos ó exteriores, por estar fuera del hombre; como son riquezas, mandos, señoríos, oficios y dignidades, y cosas semejantes; aunque estos no llaman bienes, sino (como ya dijimos) cosas indiferentes para bien y para mal; otros hay que son bienes de nuestro cuerpo, como son salud, fuerzas, buena complexion, lijereza y hermosura, y otras tales cosas, que tambien se hallan en algunos brutos animales; otros hay que pertenecen al ánima, que son propios del hombre, como son ciencia, prudencia, sabiduría, y finalmente todas las virtudes, así las tres teologales, como las cuatro cardinales, con todas las otras que se comprehenden debajo destas. Estas pues son propios y verdaderos bienes, que bastan para hacer al hombre verdaderamente bueno; y esto de tal manera, que el que estuviere rico y abastado destes bienes, aunque carezca de todos los otros, y sea mas pobre que Job, y mas enfermo y llagado que el pobrecico Lázaro (h), este tal á boca llena se llamará bueno; y por el contrario el que estuviere abastado y lleno de todos los otros bienes, y sea mas rico que Salomon, y que todos los reyes de los persas, y mas victorioso que todos los emperadores romanos, si le faltare la virtud, no se puede llamar mas bueno de lo que se puede agora llamar el gran turco, ó el Sofí.

Pues siendo esto verdad, y siendo cierto que el Mesías fué tantas veces prometido por todas las edades y por todos los profetas (i) con tan grandes encarecimientos, que dan voces á todas las criaturas insensibles para que prediquen y canten á Dios cantares nuevos por la gran-

(f) Act. 2. 4. 5. (g) In lib. de Vita contemplativa, in princip.

(h) Luc. 16. (i) Psalm. 46. 95. 96. 97. Esai. 49. etc.

deza de los bienes, que por medio del Mesías nos ha de hacer, ¿qué locura, qué ceguedad tan extraña, esperar dél estos bienes que ni se llaman bienes, ni son dignos de tal dador, y de tan magníficas promesas, y son bienes que dió él á emperadores gentiles, idólatras y contaminados con todos los vicios? ¡Oh ceguedad y desatino, digno de ser llorado con lágrimas de sangre! Otros bienes, y otros señoríos, y otras victorias son las que promete Dios por su Mesías, tan cantado y celebrado en las santas Escrituras, en las cuales no promete bienes de la tierra, sino bienes del cielo; no bienes del cuerpo que tenemos comun con los brutos, sino bienes del espíritu que tenemos comun con los ángeles; no bienes temporales que se acaban con la vida, sino bienes eternos que duran para siempre; no bienes que falsamente se llaman bienes, pues no hacen bueno á su poseedor, sino verdaderos bienes, pues hacen al hombre verdaderamente bueno, y Hijo de Dios, y heredero de su reino. Y si por él promete señorío, no este que tienen los turcos y los moros, que son señores de los hombres, y esclavos de sus vicios, sino señorío sobre sí mismos y sobre todos sus apetitos. Y si promete victorias, no es vencer á los otros hombres, sino vencer á sí mismos, que es la mas ardua y mas gloriosa victoria de todos. Y si promete libertad, no es estar libre de la subjeccion de los tiranos; sino de la subjeccion de sus vicios, de que estaba libre el patriarca Josef (k), aunque era captivo. Finalmente no promete señorío, ni reino de la tierra, sino reino del cielo. Estas son promesas dignas de tal prometedor, y de tal Mesías, y de tantas y tan antiguas profecías, denunciadas con tan grandes encarecimientos; porque esotras temporales que los ciegos imaginan, diólas Dios de gracia y sin prometimiento á hombres perversos y enemigos suyos. Esto basta para respuesta de la primera objecion.

§. III.

Segunda objecion de la abrogacion de los sacrificios y ceremonias de la ley, y su respuesta.

Despues desto hay otra cosa en que los flacos tropiezan, que es tener por cosa extraña estar abrogada la ley que dió el mismo Dios. A esto respondemos que lo principal y esencial de la ley, que es lo moral, en que se comprenden los diez mandamientos, nunca cesó, ni cesará jamas; pero lo ceremonial y las diferencias de sacrificios de aves y de animales, y la manera del sacrificarlos (en lo cual se ocupa la mayor parte de la ley), esto decimos que ha cesado. Porque todas estas cosas eran figuras que representaban el verdadero sacrificio de Cristo que él había de ofrescer por la salud del mundo (l), y pues ya este sacrificio está ofrescido, cesan las figuras que lo representaban y prometian. Porque guardarse agora, sería testificar por la obra que aun no estaba ofrescido. Y que esta sea la voluntad de Dios, muéstralo él, pues consintió que fuese destruido el templo de Hierusalem, donde solamente se podian ofrescer sacrificios. Lo cual declara Sant Crisóstomo por este ejemplo (m): Si un enfermo pidiese al médico con grande instancia licencia para beber vino, y él se le diese con tal condicion, que no lo bebiese sino por un vaso que él le señalase, y esto hecho, el tal médico quebrase el vaso; claro está que por el mismo caso daba á entender que no queria que

(k) Genes. 39. (l) 1. Cor. 10. D. Greg. lib. 28. Mor. cap. 17. (m) Contra Judæos Oratio 1. longè ante finem tom. 5.

bebiese vino. Pues desta manera decimos que Dios había dado ley de ofrescer sacrificios, pero con expreso mandamiento que no se pudiesen ofrescer sino en el templo de Hierusalem (n). Mas pues él ha consentido que este templo esté derribado despues que el verdadero sacrificio de Cristo se le ofresció, síguese que ya no quiere sacrificios; pues consintió que se destruyese el lugar donde solamente se podian ofrescer. ¿Qué cosa mas clara?

Y que esto sea verdad, abiertamente lo confirma el mismo Señor por el profeta Malaquías con tan claras palabras, que no deja lugar para dubda alguna. Porque dice así (o): No está ya mi voluntad con vosotros, ni recibiré ofrendas de vuestra mano, porque dende Oriente á Poniente es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofresce á mi nombre una ofrenda limpia. Pues ¿con qué palabras mas claras podia nuestro Señor declarar que ya no queria los sacrificios y ofrendas de la ley antigua, pues dice que ni le agradan sus sacrificios, ni tampoco los que los ofrecian?

Sabemos tambien que Cristo nuestro Señor, demas de ser nuestro Rey, es tambien nuestro sacerdote, y no segun la orden de Aaron, sino segun la de Melchisedec; como el Padre eterno lo declara hablando con el Hijo, por estas tan notables palabras (p): Juró el Señor, y no se arrepentirá de lo que juró: Tú eres sacerdote eterno segun la orden de Melchisedec. Pues desta manera establecido este nuevo sacerdocio, queda derogado el antiguo; y por consiguiente toda la ley, la cual por la mayor parte se empleaba en tratar destos sacerdocios de Aaron, y desta manera de sacrificios. Y porque entendia el mismo Señor cuán dificultoso había de ser de creer que la ley y el sacerdocio ordenado por él habian de cesar, interpuso el juramento para mayor afirmacion de lo que decia. Y no contento con esto, añadió aquella palabra tan desacostumbrada en la sancta Escripura, y no se arrepentirá de lo que juró, para que así con esto como con el juramento hiciese mas fe de lo que decia. Pues el sacrificio deste Melchisedec no era de animales, sino de pan y vino (q), el cual era figura del que Cristo ofresció en la cena con sus discípulos, á los cuales dió su cuerpo y su sangre en especie de pan y vino. Y este mismo sacrificio es el que debajo destas especies ofresce cada día la Iglesia, que es aquella ofrenda pura y limpia, que (segun la profecía alegada de Malaquías), se le ofresce en todo lugar.

Mas para que entendamos el valor y excelencia deste divino sacrificio, es de notar que hay diversas maneras de sacrificios, y unos mas excelentes que otros. Porque sacrificios eran antiguamente los que en la ley se ofrecian de diversos animales (r); pero eran tan bajos sacrificios, que quitado aparte el mandamiento de Dios, y la devocion de quien los ofrescía, ellos de sí no tenían virtud ni sanctidad alguna. Pero mas perfecto sacrificio que este, es aquel que explicó David, cuando dijo (s): Si quisieses, Señor, sacrificio, yo te lo ofresceria; mas sé que no te agradan estos sacrificios. Sacrificio para tí es el espíritu atribulado; y el corazón contrito y humillado, Señor, no le despreciarás. Otro sacrificio mas perfecto que este es aquel que significó el mismo Profeta, cuando dijo (t): Sacrificad sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Y llama este sacrificio, porque

(n) Deut. 12. (o) Malaclach. 1. (p) Psalm. 109. (q) Genes. 14. (r) Lev. 1. etc. (s) Psalm. 50. (t) Psalm. 4.

para ofrescer este sacrificio, que es de virtud y sanctidad, es menester degollar la propia voluntad, y todos los otros apetitos que contradicen á este linaje de sacrificio, lo cual no se hace sin dolor. Mas entre estos sacrificios de justicia hay uno mas alto que todos los otros, que es cuando el hombre sufre la muerte por la fe que debe á su Criador, y por no hacer cosa contraria á las leyes de su justicia (v). Este es pues el mas perfecto sacrificio que el hombre puede ofrescer á su Dios; esta la mayor honra con que le puede honrar, y esta la mayor muestra y obra de amor que puede hacer. Porque aquí el hombre no ofresce sangre y vida de animales, sino su misma vida y sangre, dejándose despedazar y desmembrar por amor de Dios.

Mas á todos estos sacrificios excede infinitamente aquel divinísimo y summo sacrificio que el unigénito Hijo de Dios ofresció en la Cruz por la obediencia de su eterno Padre, y por celar la gloria y honra de su sancto nombre. El cual sacrificio excede tanto á los otros sacrificios, cuanto fué mayor la caridad con que se ofresció, y mas alta la persona que lo ofresció, que fué la del Hijo de Dios, que dió valor y precio infinito á este sacrificio. El cual agradó tanto á aquella inmensa Majestad, que lo aceptó en satisfaccion y descargo de todos los pecados del mundo, y de mil mundos que fueran.

Pues este sacrificio que tan agradable fué al eterno Padre, quiere él que cada día se le ofrezca en el altar, debajo de las especies de pan y vino, para que siempre se le ofrezca el servicio que una vez tanto le agradó. Porque por virtud de las palabras de la consagracion la substancia del pan se muda en la del cuerpo de Cristo, y la del vino en su sangre preciosa. En lo cual se ve cuánto se engañan los infieles diciendo que adoramos el pan y el vino; porque no adoramos sino el cuerpo y sangre de Cristo, que debajo de aquellas especies está encubierto.

§. IV.

Excelencias deste augusto sacramento, y cuán digno sea este articulo de ser creído.

Y que esto sea así, la fe y el mismo Señor que instituyó este sacramento nos lo dice. Y aunque esto sea articulo de fe, que es sobre toda razon; mas esa razon nos dice ser esta cosa dignísima de ser creída. Porque dos cosas bastan para que esto creamos, que son entender que Dios puede hacer esta maravillosa mudanza, y que quiere hacerla. Y cuanto á lo primero, que es poder Dios hacer esto, nadie lo podrá dubdar. Porque quien pudo criar el mundo de nada, fácilmente mudará una substancia en otra, pues es mayor cosa hacer de nada algo, que mudar una cosa en otra, como lo hizo cuando en el milagro de las bodas mudó el agua en vino (x): Mas del querer de Dios ménos dubdará quien hubiere en alguna manera experimentado los efectos deste sanctísimo sacramento, de los cuales tratamos largamente en la Introduccion del Símbolo. Mas aquí dirémos brevemente que es tan grande la virtud y eficacia deste divino sacramento para sanctificar las ánimas de los que devotamente le frecuentan, que todos á una voz afirmarán que ni los otros sacramentos, ni todos sus espirituales ejercicios de oraciones, y meditaciones, y salmos, y cantares divinos, los esfuerzan, y alegran, y encienden tanto en amor de Dios, ni crien en sus ánimas tantos buenos

(v) Greg. in Evang. Homil. 53. (x) Joann. 2.

propósitos y deseos, ni los ayudan tanto contra todas las tentaciones del enemigo, ni los hacen andar tan solícitos y diligentes en la guarda de sí mismos, como la frecuencia de este divinísimo sacramento. De lo cual no es pequeño argumento, que acaescerá estar un devoto sacerdote dos horas en oracion, tratando con Dios, y poco mas de media hora que gasta en una misa, y muchas veces le acontecerá salir mas esforzado, y mas devoto, y mas consolado desta misa, que de todo el otro espacio mas largo que empleó en su oracion. Y añado mas, que es tan grande el gusto y suavidad deste pan celestial, y la admiracion que las ánimas religiosas conciben de la bondad y dignacion de Dios, que quiere entrar á morar en sus ánimas para deificarlas y trasformarlas en sí, que vienen muchas veces á padescer alienacion de los sentidos con la fuerza del amor y suavidad interior que con él reciben, como lo leemos de muchos sanctos, y sabemos que no faltan hoy día muchas ánimas devotas en quien esto se ve.

Y si á estas preguntáredes por el beneficio y fructo que reciben cuando comulgan, responderán que sienten en sí una nueva y extraordinaria llama de amor de Dios, la cual viene acompañada con tan grande suavidad y alegría del espíritu, y con una tan grande paz y satisfaccion interior, que por entónces ninguna cosa desean mas de la que tienen. Y de aquí les nasce una tan encendida sed y hambre deste pan celestial, por volver á gozar deste tan sabroso convite, y de los tesoros y riquezas espirituales que en él se comunican, que nadie lo podrá entender sino el que lo ha probado. Y algunas veces acontece (como dice Sant Buenaventura en un tratado de la perfeccion que escribió á una hermana suya) ser tanta la consolacion y alegría del espíritu, que llegando una destas personas á comulgar con grande flaqueza del cuerpo, salga de ahí tan esforzada, como si ninguna flaqueza tuviera; queriendo nuestro Señor mostrar en esto que este sacramento es salud y manjar de todo el hombre, así exterior como interior, aunque en diferente manera.

¿Qué mas diré, sino que aun los hombres que tienen poco cuidado de sus consciencias, confesarán que no tienen mejor hora para ellas (que es para recogerse, y compungirse, y arrepentirse de sus pecados) que aquella en que reciben la sagrada communion? Finalmente, son tan grandes las virtudes deste divinísimo sacramento, y los efectos que obra en las ánimas de los que dignamente le reciben, que ni lenguas de hombres ni de ángeles bastan para declararlos.

Pues por la virtud y eficacia que este divino sacramento tiene para la sanctificacion de nuestras ánimas, se prueba la segunda cosa que propusimos, que es el querer de Dios. Porque cómo ser él infinitamente bueno, y cómo tambien que ninguna cosa hay mas propia, ni mas gloriosa, ni mas natural, ni que mas convenga á esta summa bondad, que comunicarse á todos; que es hacer á todos sanctos y buenos como él lo es. Pues siendo esto así, ¿qué cosa mas propia, ni mas gloriosa podemos atribuir á esta summa bondad, que haber instituido una cosa tan poderosa para hacer á los hombres sanctos y buenos? Pongamos un ejemplo. Decídmelo: ¿qué cosa con mas razon se puede creer de Hipócrates, que haber escrito un excelente libro de medicina, y de Tulio que haber hecho una muy elegante oracion en el senado? Pues viniendo á nuestro propósito,

¿qué cosa mas conforme á razon se puede creer de aquella infinita bondad, que haber ordenado un sacramento tan poderoso para santificar las ánimas? ¿Hay cosa en el mundo que con mayor gloria se pueda atribuir á tal bondad? ¿Hay cosa mas alta y mas digna de Dios que esta? Pues es cierto que cuantos buenos hay hoy en la Iglesia, y cuantos ha habido dende que el Evangelio se predicó, todos á una confesarán que la cosa que mas los ayudó á alcanzar esta bondad, y á sufrir todos los trabajos de la virtud, fué la frecuencia deste divino sacramento. Y así escribe Sant Lucas (y) que lo frecuentaban los fieles que habian creído en Hierusalem, perseverando cada dia en oracion en el templo, y comulgando despues en sus casas (porque no habia entonces otras iglesias), y con esto andaban tan esforzados y tan llenos de las consolaciones del Espíritu Sancto, que, como el Apóstol les escribe (z), sufrían no solo con paciencia, sino tambien con alegría, ser robados y despojados de sus haciendas, acordándose que tenían en el cielo otra mejor y mas perpetua hacienda. Por lo cual si todos confesamos ser Dios el que crió los cielos y la tierra, con mayor razon podemos decir que él ordenó este divino sacramento (como en otra parte dijimos); porque mayor cosa es justificar y santificar los hombres, que criar los cielos; lo cual hace este admirable sacramento. Y por esto no es ménos creíble haberlo él instituido, que haber criado el mundo. Lo cual no dudará quien hubiere gustado algo dél, y de la eficacia de su virtud.

Y por acrescentar nuestro Señor la fe y devocion deste summo sacramento, nunca cesa de hacer nuevas demostraciones y maravillas por él. En la historia pontifical se refieren dos clarísimos milagros dél; uno en cierta ciudad de Alemaña, y otro en la villa de Frómesta, que hasta hoy dia dura, y se muestra. Tambien es notorio el de los corporales de Daroca, y el de la villa de Santaren, que se ve en la iglesia llamada del Milagro por esta causa. Y en nuestros dias (que es el año de 1582) acaesció otro insigne milagro en la ciudad de Nápoles; donde un mal hombre que tenia hecho pacto con el demonio, por mandado dél, despues de haber recibido el sanctísimo Sacramento, lo encerró en una cajueta dorada que el mismo demonio le habia dado, mandándole que echase el Sacramento en un muladar. Mas cuando el hombre abrió la cajueta, halló la hostia toda sembrada de gotas de sangre. Y entendiendo ser esto milagro, arrepentido de su maldad se fué luego á confesar. Y dando recaudo desto al vicario general, fué á casa deste hombre acompañado de algunas personas doctas y religiosas; y abriendo la cajueta, hallaron que la mitad de la hostia estaba hecha carne, y la otra mitad blanca, con las pintas de sangre que ántes tenia. Y desta manera la llevaron á la iglesia, poniéndola en lugar decente. Y cuando otra vez volvieron á visitarla, hallaron que toda la hostia estaba vuelta en carne; de lo cual todo se envió informacion á Su Sanctidad. Pues con estas y otras semejantes maravillas pretende nuestro Señor confirmar los fieles en la fe deste sacramento, y confundir los herejes y infieles, para que no tenga excusa su infidelidad; pues este milagro fué tan público y notorio en toda Italia, que no pueden alegar ignorancia dél.

Otra cosa digna de eterna memoria acaesció en la ciudad de Avila, de que la misma ciudad con su comarca son testigos. Un hombre infiel, instigado por el demonio,

(y) Act. 2. (z) Hebr. 10.

hubo á las manos una hostia consagrada que se guardaba en el sagrario, y por llevarla mas segura, echóla en una alforja; mas un hombre católico vió que de aquella alforja salían unas llamas de fuego. Dió desto noticia al Sancto Oficio; y preso aquel hombre, y apretándole por el caso, confesó que llevaba allí una hostia consagrada. La cual fué luego puesta en el sagrario del insigne monasterio de Sancto Tomas de Avila; y cada un año se muestra al pueblo el dia de la fiesta del Sancto Sacramento en la tarde; donde toda la ciudad concurre. Y con haber noventa y tantos años que esto pasó, está la hostia tan entera como el dia que allí se puso; siendo costumbre en todas las iglesias renovar el sancto sacramento de quince en quince dias. Y llegando á este monasterio pocos años ha el reverendísimo padre Fray Vicente Justiniano, general de toda nuestra orden, un religiosísimo compañero que consigo traía, por nombre Fray Serafino (que le sucedió en la misma dignidad) no se hartaba de mirar esta hostia, derramando muchas lágrimas con la admiracion desta maravilla. Y llamándole (porque era ya tiempo de irse de allí) respondió: *Sinite me videre mirabilia Dei*; que es: Dejame ver estas maravillas de Dios. Y verdaderamente esta es una grande maravilla, estar pasando de noventa años una hostia sin corrupcion. Por lo cual sea bendito el que estas maravillas hace para confusion de herejes y infieles, y para acrescentar la fe y devocion de los fieles.

Mas volviendo al propósito principal, este es el sacrificio del cuerpo y sangre de nuestro Redemptor, que en especie de pan y vino se le ofresce cada dia, figurado en aquel sacrificio de Melchisedec (a). Y con ser sacrificio que á Dios se ofresce, es tambien sacramento que da gracia al que dignamente lo recibe, con la cual somos santificados y hechos participantes de la virtud del mismo sacrificio que por nosotros en la Cruz se ofresció. Esto baste por agora para responder á la segunda objection.

CAPITULO V.

Cómo los pecados han sido causa de haberse estrechado el reino de Cristo.

Quédanos otra cosa á que responder acerca del señorio y reino de Cristo. Porque las escrituras de los profetas dilatan la grandeza de su reino por todo el mundo (a), y agora vemos cuán estrechado y diminuido está. A esto se responde con otro ejemplo semejante; porque no puede haber mayor multiplicacion de hijos, que la que Dios prometió al patriarca Abraham (b), que se compara una vez con las estrellas del cielo, y otras con el polvo de la tierra (c), y otras con las arenas de la mar. Pues esto cumplió Dios perfectamente en tiempo de David y de Salomon, donde se escribe que los hijos de Israel estaban tan multiplicados como las arenas de la mar (d). Pero despues que se multiplicaron los pecados, se disminuyó el número de los hombres, como se lo habia profetizado Moises, diciendo (e) que si ellos quebrantasen la ley de Dios, los castigaria él con enfermedades y plagas hasta destruirlos, y que quedarian pocos en número los que primero estaban multiplicados como las estrellas del cielo. Lo mismo testificaron aquellos tres sanctos mancebos que mandó Nabucodonosor echar en el horno de fuego (f), los cuales estando en medio

(a) Genes. 14. (b) Psalm. 2. 71. Esai. 60. etc. (c) Genes. 22. (d) 2. Reg. 17. (e) 3. Reg. 4. (f) Deut. 28. (g) Daniel 5.

de las llamas, hacian oracion á Dios por su pueblo, alegrándole que él habia prometido al patriarca Abraham, que multiplicaria sus hijos como las estrellas del cielo, y como el arena que está á la orilla de la mar. Porque, Señor, estamos diminuidos y apocados mas que todas las gentes, y somos abatidos y humillados por nuestros pecados. Finalmente, llegó á tanto esta disminucion del pueblo, que no llegaron á cincuenta mil personas las que volvieron del captiverio de Babilonia á reedificar á Hierusalem (g). Pues en este ejemplo vemos cómo Dios cumplió su promesa, multiplicando aquel pueblo en los tiempos susodichos; mas despues que entrevinieron pecados, vino en esta tan gran disminucion como les estaba profetizado.

Pues lo mismo decimos del reino de Cristo, el cual por singular virtud y providencia de Dios, en medio de la tempestad de las persecuciones se iba de cada vez acrecentando y extendiendo por todo el mundo, como parece claro por los martirologios (h), donde leemos que en todas las naciones hubo mártires sanctísimos hasta el tiempo del emperador Constantino, y así se acabó de hinchar la tierra del conocimiento de Cristo. De lo cual hallamos agora no pequeños indicios en las tierras de los infieles. Mas despues que faltaron las persecuciones (con que los fieles andaban armados y apercebidos contra la furia de los tiranos), y creció la prosperidad, y con ella la ambicion, y la invidia, y las delicias, y el avaricia, raiz de todos los pecados, creciendo los vicios, se fué disminuyendo la fe; porque este es el principal azote con que Dios los castiga; como él mismo lo amenaza en el Apocalipsi (i), avisando á sus iglesias que se enmienden y hagan penitencia, so pena que vendrá contra ellas, y les mudará el candelero de su lugar. Este candelero es la lumbré de la fe, la cual permite nuestro Señor por su justo juicio que pierdan los que no se aprovechan della. Desta manera en el Evangelio (k) mandó quitar la moneda al que la tenia atada en un trapo, sin granjear con ella. Y esto es lo que el mismo Señor dice en el Evangelio (l): Al que tiene, darle han; y al que no tiene, eso que parece tener (que es la fe y esperanza muerta) le quitarán.

Dicen los teólogos (m) que la fe, demas de ser hábito especulativo (que nos inclina á creer los misterios divinos), es tambien práctico; porque nos inclina á obrar conforme á lo que nos manda creer. Por donde si el hombre resiste siempre á lo que esta celestial lumbré le enseña, permite Dios que venga del todo á perdella. Así dicen, que el caballo (que naturalmente es inclinado á correr) viene á mancarse si está mucho tiempo en la caballeriza sin hacer este oficio. Y por esto manda Sant Pablo á su discípulo Timoteo (n), que junte con la fe buena consciencia; porque los que esto no hicieron, vinieron á perder esa fe. Lo cual vemos por experiencia en estos tristes tiempos, donde en aquellas naciones en que mucha parte de la gente era dada al vicio de comer y beber (haciendo dios á su vientre), permitió él que viniese á perderse la fe, y abrazar una herejía tan favorable á los apetitos de la carne, como la de Mahoma. Pues por esta causa ha permitido nuestro Señor que viniese á estrecharse la fe, que ántes estaba tan extendida y dilatada por todo el mundo. Porque donde falta la buena cons-

(g) 1. Esdr. 2. (h) Augustin. in lib. 50. Homil. homil. 8. tom. 10. (i) Apoc. 2. (k) Luc. 19. (l) Ibidem. (m) D. Tom. 2. 2. q. 9. art. 5. in corpor. (n) 1. Tim. 1.

ciencia y sobran los vicios, permite nuestro Señor que venga por tiempo á faltar la fe.

Y que esto habia de ser así, lo tenemos mucho ántes profetizado, como lo escribe el Apóstol á su discípulo Timoteo por estas palabras (o): Has de saber que en los postreros dias sucederán tiempos peligrosos. Porque vendrán á ser los hombres muy amigos de sí mismos, cobdiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, desagradecidos, malvados, sin afeccion, sin paz, malsines, deshonestos, crueles, ajenos de toda benignidad, traidores, prótervos, hinchados, y mas amigos de los deleites que de Dios, mostrando en lo de fuera una imágen y apariencia de religion, estando muy ajenos della. Hasta aquí son palabras del Apóstol. Y lo que de aquí se sigue, declara él mismo en otra carta al mismo discípulo por estas palabras (p): El Espíritu Sancto claramente dice que en los postreros dias se apartarán algunos de la fe, dando crédito á los espíritus de errores y doctrinas de los demonios, predicando mentiras con hipocresía y apariencia de sanctidad. En las cuales palabras declaró el Apóstol la condicion de los herejes de nuestros tiempos, los cuales trayendo siempre en la boca Cristo, y Evangelio, y espíritu, destruyen las sagradas ceremonias, y el ejercicio de las buenas obras, y de los ayunos y de toda virtud. Con este mismo dicho del Apóstol contesta el testimonio del Salvador, el cual dice que en los postreros dias, porque abundará la maldad, se resfriará la caridad de muchos (q).

Esta es pues la condicion general de todas las cosas humanas; que por muy empinadas que estén, siempre vayan en declinacion, y nunca permanezcan en un sér, y que así rueden como ruedan los mismos cielos, á quien las cosas temporales están sujetas. ¿Quién pensara que la monarquía de los asirios, y de los persas, y de los romanos habia de caer? Pues ya vemos que en nuestros tiempos no nos quedan mas que los nombres dellas. Esta es, dice Cipriano (r), la sentencia que está dada contra el mundo; esta la ley que por Dios le está puesta: que todas las cosas que nascen, mueran; y despues que hayan nascido, tengan su vejez; y que las cosas grandes se disminuyan, y las fuertes se enflaquezcan, para que despues de diminuidas y enflaquecidas, fenezcan. Y pues debajo desta ley y condicion corren todas las cosas humanas, no habemos de eximir della cosa que corra por mano de los hombres. Aunque con esto es verdad que la fe, y la Iglesia, y el reino de Cristo, aunque esté agora estrechado, nunca faltará (s); porque así nos lo tiene prometido el que lo fundó.

Ni deja este soberano Juez de usar deste castigo por ver que desta manera se disminuye el número de los fieles, y el culto divino que se le debe. Porque no tuvo él un tiempo mas que un solo pueblo que le honrase, y un templo y un altar donde se le ofresciesen sacrificios; y cuando entrevinieron pecados, desechó su altar, y maldijo el lugar de su sanctificacion, como lo llora Hieremias (t); y así se quedó sin pueblo, sin templo, y sin altar en todo el mundo. Y así lo lamentaban aquellos tres sanctos mozos echados en el horno de Babilonia (v), de que arriba hecimos mencion, los cuales en su oracion decian que no tenían en aquel tiempo príncipe, ni

(o) 2. Tim. 3. (p) 1. Tim. 4. (q) Matth. 24. (r) Tract. 1. contr. Demetr. in princ. (s) Matth. 16. (t) Thren. 2. (v) Dan. 5.